

Avignon se hallaba en una situación intolerable, aislada, como sitiada. A sus puertas, á la distancia que puede verse desde lo alto de sus torres Lislé y Cavaillon, pueblecillos que por un momento enarbolaron la bandera francesa, alzaron de nuevo la del papa. La consigna les fué dada por la antigua rival de Avignon, la orgullosa é insignificante Carpentras, el nido de la aristocracia. Los de Avignon, cuando fueron á Cavaillon para reanimar al partido de los patriotas, encontraron á quince ó veinte alcaldes de municipios franceses, caballeros de los alrededores que se habían reunido allí en defensa del papa y contra el partido francés. En las prisiones de Carpentras se hallaban encerrados los mejores amigos de Francia, que habían sido apresados en Cavaillon y Lisle.

La Asamblea constituyente, á la que se suplicó que interviniera en Octubre del 90, había enviado á Avignon el regimiento de Soissonnais y algunos dragones de Penthievre. Fué una eficaz ayuda para la aristocracia. La mayor parte de nuestros oficiales estaban de su parte. En aquel momento creyeron los de Carpentras que habían puesto la guarnición en Avignon. En Cavaillon y en todas partes hicieron renovar el juramento al papa (20 de Diciembre del 90). En represalias Duprat y los otros jefes del partido francés, fueron á Aix, á Tolón y á Marsella á pedir auxilio. Se presentaron en Nimes é hicieron á los protestantes las más tentadoras ofertas pidiéndoles que fueran á establecerse en masa, formando una gran colonia en el seno de la ciudad papal, siendo acogidas con frialdad sus proposiciones. Sin embargo, un rico comerciante les regaló algunos millares de cartuchos. Tenían dinero, pues desde Octubre habían comenzado á apoderarse de la plata de los conventos y de las iglesias. Reclutaron mucha gente de los pueblecillos y del mismo Carpentras, de donde la minoría patriota se vió obligada á huir, y hasta de aquel regimiento francés en que tanto había confiado la aristocracia. Halagaron y ganaron á una parte de los soldados, haciéndoles favorables ó neutrales. Hecho esto se decidieron, volvieron á apoderarse de la alcaldía, del arsenal y de los puertos. Los oficiales aristócratas fiaban poco en sus soldados para librar la batalla.

No fué esto todo: con una audacia increíble, en la noche del 10 de Enero, sin preocuparse de los oficiales, ni de los soldados fieles al partido de los mismos, ni de una gran parte de la población aun papista que dejaban en Avignon, partieron para volver á conducir á Cavaillon á los patriotas de esta ciudad. Iban con ellos ciento sesenta soldados franceses que marchaban á la vanguardia, á fin de que su uniforme intimidase al enemigo. Los atrevidos directores de la empresa, los jefes verdaderos de la fuerza eran dos jóvenes, Duprat, de 29 años, y Mainvielle, de 25. Para evitar cuestiones de amor propio habían elegido general, según la costumbre italiana, á un extranjero, el caballero Patriz, catalán establecido en Avignon. La ciudad, poco fortificada, fué atacada y defendida con mucho valor, obstinación y encarnizamiento; mas al fin fué tomada y sa-

queada. En Carpentras fué tan grande el terror que produjo este saqueo, que inmediatamente enarboló la bandera francesa como una especie de pararrayos, sin cambiar sin embargo de partido ni libertar á los patriotas que tenía en sus prisiones.

Los de Avignon estaban ebrios de alegría por su triunfo en Cavaillon. Ellos, los franceses de ayer no aceptados por Francia, eran los que acababan de asestar el primer golpe á la contrarrevolución. Este gran movimiento guerrero que comenzaba á agitar el reino, era aún un vano alarde, palabras huecas en otras partes; pero allí se traducían en hechos. ¡Y con qué pocos recursos! con qué débiles medios! más no importa. La pequeña Roma del Ródano se colocaba con este ensayo á la vanguardia del mundo en la guerra por la libertad.

No es necesario decir que los que así hablaban eran los jóvenes sobre todo, y especialmente los tres que ya hemos nombrado, Duprat el mayor, Mainvielle y Rovere; tres hombres que llamaban la atención á primera vista por su belleza, su energía y su fecundia meridional. Tenían algo, sin embargo, extraño y discordante. Los tres, además de su violento fanatismo, eran excesivamente ambiciosos; pero cada cual lo era á su modo. Duprat, bajo formas suaves, ex-secretario de Mr. de Montmorency, acostumbrado á contenerse; pero tenía una necesidad terrible del poder, un alma de tirano, imperiosa, atroz en caso necesario. Lo que tenía él en su interior, lo tenían los otros exteriormente. Rovere era el movimiento, Mainvielle la tormenta y la tempestad. El primero de aspecto noble y militar, activo, intrigante, había hecho su carrera bajo el antiguo régimen; guardia del papa, se presentaba como descendiente de los ilustres Rovere, de Italia; había hecho una buena boda y comprado un título de marqués; cuando estalló la Revolución probó que su abuelo había sido carnicero. Protegido al principio por los Girondinos, se separó pronto de la Gironda; ardiente *Montañés*, después *Termidoriano* y reaccionario lleno de celo, en Fructidor fué víctima de sus rápidas conversiones y murió en el desierto de Sinamary.

El más joven de los tres, Mainvielle, era acaso el más sincero, el más profundamente convencido. En cambio era el más furioso. Era muy guapo, de rostro femenino, y daba miedo. Trastornado á cada momento por las tempestades de su carácter, se veía en él un hombre trágico y fatal, uno de aquellos que por su violencia innata parecen destinados á las furias. Cruel por sus arrebatos, no se traslucía en su persona el signo innoble de la barbarie; su cabeza tenía la belleza de las Eumérides.

Mainvielle era el tipo de la juventud de Avignon. Hijo de un rico comerciante de sedas, criado entre las costumbres galantes y feroces de su extraño país, tenía, para acabar de alterar su alma inquieta, dos amores, y los dos adúlteros, la mujer de su amigo Duprat y la Revolución francesa, de la que fué uno de sus más funestos é ilegítimos amantes. Al menos, murió por ella con una dicha frenética el día en que pereció la Gironda. En aquel tiempo en que todos morían como hé-

roes, asustó á los que lo presenciaban, por el ardor salvaje con que cantó la *Marsellesa* al subir á la guillotina y poner el cuello bajo la cuchilla.

Tales fueron los tres audaces que, sin recursos, sin ejército ni hacienda, intentaron la empresa de conquistar el Condado en provecho de Francia. Hicieron un llamamiento á los proscritos del partido francés que de toda la provincia se concentraban en Avignon y llegaron á reunir seis mil hombres. De dinero no pudieron recoger mas que el que habían obtenido de la plata de los conventos. Si Lescuyer y los demás que estaban encargados del material llegaron á equipar tal cual aquel ejército, es indudable que lejos de aprovecharse del pillaje, como se les ha echado en cara, tuvieron que hacer, la mayor parte de ellos, sacrificios personales y combatir con su fortuna lo mismo que con su persona.

En pleno Enero partieron con Patrix y Mainvielle á la cabeza, montado éste sobre un brioso caballo blanco que parecia orgulloso presintiendo la victoria. Las mujeres á las puertas de sus casas, las damas en las ventanas, contemplaban el desfile de aquel ejército bizarro, compuesto de hombres pertenecientes á todas las clases; muy pocos uniformes; unos relumbrantes, otros destrozados. Muchas sonrisas y muchos pañuelos blancos agitados desde las ventanas, pero pocos votos sinceros.

El 20, cerca de Carpentras, encontró el ejército á los magistrados franceses de Orange, quienes por humanidad, acaso por simpatía hacia la ciudad aristocrática, intentaron intervenir; pero era ya tarde. Mainvielle se opuso á la conferencia con gran altanería é impaciencia; ardía en deseos de combatir.

Apenas llegados á la vista de Carpentras, situaron los cañones en batería é hicieron algunos disparos. Pero de pronto, descienden del Ventoux unas negras nubes, sopla el viento y cae copiosa lluvia y granizo, una lluvia fría, helada, un granizo acerado y violento. Aquellas bandas poco aguerridas, compuestas en su mayoría de habitantes de la ciudad, empiezan por asombrarse. Corren en busca de abrigos y acaban por declararse en un completo desorden. No es aquello una rápida tormenta de verano, sino una larga tempestad de invierno; las llanuras se inundan, los torrentes vienen crecidos. Poco á poco y tiritando nuestra gente vuelve á todo correr.

¿Quién había vencido? La virgen; así lo aseguraron las señoras de Carpentras; sensible á sus oraciones, se encargó de responder á aquel ejército fanfarrón y desalmado, al cual un poco de lluvia caía en el rostro le hizo volver las espaldas y sirvió de objeto á las canciones de las mujeres y de los niños. Una plancha de bronce eternizó la memoria de este milagro; una fiesta votiva conmemoró todos los años el triunfo de la virgen, la humillante decepción de los sacrilegos de Avignon.

Estos, que hubieron de volver silenciosamente, también sufrieron la cruel alegría de los aristócratas. No se atrevían á burlarse en su cara;

pero de lejos les lanzaban mil dardos que les herían por caminos indirectos. Las sonrisas de las mujeres, las bromas que amigos caritativos se apresuraban á hacer llegar á aquellos que eran objeto de ellas, les llenaban de furor. Comenzaron á sentirse rodeados de enemigos; llenos de desconfianza y de temor, se volvieron hacia su adversario natural, el clero y le exigieron el juramento cívico. Pero su fracaso de Carpentras les había hecho desmerecer en la opinión. El fanatismo, envalentonado, intentó un golpe desesperado, que si quedaba impune destrozaría el partido francés. Los magistrados patriotas de la ciudad de Vaison, Anselmo y La Villasse les habían pedido que enviasen á Avignon un cura constitucional porque el antiguo había emigrado. Esta fué su sentencia de muerte. Se aguijoneó á los aldeanos; la Asamblea aristocrática les impulsó al crimen; se apoderaron de Vaison, estrangulaban en sus casas á La Villasse y Anselmo (23 Abril 91). Este asesinato autorizado y legalizado, este ensayo para aterrorizar á los magistrados patriotas, produjo en todo el Ródano el efecto de una descarga eléctrica. El Alcalde de Arlés, Antonella, noble patriota, militar, filósofo que había abandonado las letras para ayudar á la Revolución, fué á ofrecerse á los de Avignon con tropas y cañones; subió al púlpito de la catedral y arengó al pueblo incitándole á que vengara la muerte de sus magistrados indignamente asesinados.

Duprat y Mainvielle partieron inmediatamente de Avignon con tres mil hombres, sin dinero, sin víveres, entregándose al bandolerismo, á las contribuciones forzadas. Mas por mucho que hicieran, Carpentras estaba preparado; antes del asesinato de La Villasse se habían apercebido á la defensa. Toda la aristocracia francesa, realista y fayettista parecia haberse puesto de acuerdo para hacer experimentar al partido francés de Avignon una vergonzosa derrota. Carpentras no había recibido correos oficiales: todo había sido casual; por casualidad los oficiales franceses que iban á Italia, se detuvieron en Carpentras; por casualidad los artilleros de Valence fueron á servir las piezas y por casualidad los fundidores de la Lorena fueron á fundir la artillería. También la habían recibido de Provenza, que los de Carpentras decían haber comprado. La artillería de los de Avignon, mal servida por soldados bisoños, no hizo daño alguno á la plaza. La población sitiada, al ver la impotencia de sus proyectiles, salía al campo á recogerlos con grandes risas. Para colmo de humillación las mujeres habían tomado las armas, entre ellas, una noble señora del Delfinado; de manera que los infortunados de Avignon oían decir que las mujeres bastaban para resistirlos.

La inexperiencia y la indisciplina explican perfectamente este revés. Duprat y Mainvielle lo achacan á la traición, sospechando del caballero Patrix, de aquel catalán á quien había elegido general, el cual había favorecido la evasión de un prisionero de gran importancia. Le dieron la muerte y le sustituyeron con un hombre ignorante, grosero, pero que era completamente suyo.

Para conducir aquellas partidas mal disciplinadas formadas por ganapanes, aldeanos y desertores franceses se necesitaba un hombre del pueblo y eligieron á un tal Mateo Gouve, que se hacía llamar Jourdan. Era un francés nacido en una de las mas rudas comarcas de Francia, país de hielo y de fuego, tierra volcánica eternamente azotada por el cierzo, en las alturas casi desiertas que rodean Puy-en-Velai. En sus primeros años fué muletero, después soldado y luego tabernero en París. Trasladado á Avignon vendía allí rubia. Hablador y jactancioso hacía creer al pueblo que era él quien había cortado la cabeza al gobernador de la Bastilla y á los guardas de corps el 6 de Octubre. A fuerza de oírsele repetir se le llamó Jourdan *cortacabezas*. La suya era muy cómica, efecto de una singular mezcla de hombría de bien y de ferocidad. Entre otras particularidades que distinguían á aquel hombre cruel en cuanto había visto sangre, debe citarse la de que era muy accesible al llanto; se enternecía fácilmente y algunas veces lloraba como un niño.

El sitio se convirtió en bloqueo, el ejército vivió como pudo cobrando á la fuerza las contribuciones, dando á cambio de todo cuanto tomaba bonos pagaderos sobre los bienes nacionales de Avignon. Hubo terribles y vergonzosos desórdenes. Después de una insignificante batalla, en la que los de Avignon fueron vencedores, la infortunada aldea de Jamáns que se había defendido contra ellos fué tratada como lo hubiera sido por caribes. Seguían al ejército mujeres que tenían á gloria comer carne humana.

Estas atrocidades dieron fuerza al partido papista, el cual creó en Santa Cecilia una Asamblea federativa de los municipios, enfrente de la que el partido francés había formado en Avignon. Este, arrojado hasta del mismo Avignon por una sesión violenta, se encontró errante, residiendo, ya en el ejército, ya en Sorgues ó en Cavaillon. Para colmo de desventura, la Asamblea constituyente, reaccionaria también, declaró el 4 de Mayo que no aceptaba Avignon. Este pareció el golpe de gracia; Francia exterminaba con una palabra á los que por ella se habían perdido. El ejército que bloqueaba á Carpentras se sublevó contra sus jefes, reclamó su soldada; Jourdan enseñó las cajas vacías y lloró ante sus soldados. Todo estaba perdido; hasta los que se llamaba constitucionales de Avignon, en el club de los Amigos de la Constitución declararon á los jefes del partido francés, traidores á la patria.

Todo aquel partido sólo una cosa podía esperar, ser asesinado en todas partes. Con el decreto de la Constituyente iba á producirse una inmensa catástrofe; tanto, que ella misma tuvo miedo de su obra, y retrocedió. El 24 de Mayo acordó, por humanidad, el envío de alguna tropa y de tres mediadores para desarmar á los partidos.

No eran los mediadores hombres capaces de dominar aquella tempestad; eran tres literatos, escritores del antiguo régimen, conocidos como autores de producciones ligeras y galantes: uno por sus *Amores*

de *Essex*, otro por sus *Poesías fugitivas*, el abate por una traducción graciosa de *Dafnis y Cloe*. Lejos de conseguir nada se vieron dominados y arrastrados como brizas de paja en el terrible turbión. Las señoras de Avignon les secuestraron sin dificultad y se apoderaron de ellos. Sin ser hermosas como las de Arles, son diabólicamente vivas, hábiles y bonitas. En ninguna parte, ni en Francia ni en Italia es tan expresiva la fisonomía, tan impetuosa la pasión. Son las hijas del Ródano; tienen todos los torbellinos; como él, son á la vez tiránicas y caprichosas. Son las hijas del aire, del viento que azota la ciudad, un viento constante en su agitación, pero ya vivo, seco, provocativo y que crispa los nervios, ya pesado, calenturiento y llevando consigo una turbación apasionada. Los extranjeros no pueden resistir al triple vértigo de las aguas, del viento, de las miradas ardientes é incitantes. Otra cosa también les embriaga y les entontece, el oír constantemente en las calles de Avignon, el eterno *¡zou! ¡zou!* que silba y su silbido, ese ruido vertiginoso, imitado por el hombre del pueblo, es para él el grito del motín, la señal de la muerte.

Las señoras Duprat y Mainvielle (ésta elegida después como diosa de la libertad) ejercieron, según se asegura, sobre tales mediadores, una influencia irresistible, obligándoles á cumplir con su deber, en interés de Francia y de la Revolución. El abate Mulot que llegaba animado de las mismas buenas intenciones, se inclinó bien pronto hacia el otro lado. Era un hombre débil y bonachón, de aquella generación más apasionada que fuerte de los electores del 89, un compañero de los Bailly, de los Fauchet, de los Bancal, etc. Conocía y ya se había prendado de un joven de Avignon, hijo de un impresor de aquella ciudad que había ido á París á perfeccionarse en su arte. Este joven, ó este niño, de corazón y de aspecto encantador, se apoderó de Mulot al desembarcar éste y le condujo á casa de su madre. Madame Niel, que así se llamaba, todavía joven y tan bella como su hijo, era en su imprenta una señora completamente de la corte, elegante y graciosa; y cuando toda la nobleza de Avignon emigró, madame Niel y algunas otras de su clase, quedaron siendo la aristocracia. El pobre abate Mulot creyó ver á Laura y se sintió Petrarca. Pero esta Laura, más imperiosa, más apasionada que la antigua, una Laura completamente política, era una realista furiosa. Era naturalmente reina y necesitaba una corte. Ejerció una dominación soberana sobre los recién llegados, no sólo sobre el ordenador, sino que también sobre los ejecutores, sobre los oficiales más ó menos aristócratas que conducían las tropas francesas. Bajo tal influencia se constituyó una municipalidad realista.

El punto capital de la situación era resolver si en la extremada penuria en que había quedado la población, abandonada de todas las personas ricas, se pondría ó no mano en los bienes eclesiásticos. Los mediadores licenciaban el ejército de Vaucluse, pero era menester pagarlo. Aquel licenciamiento brusco, inmediato, tenía aspecto de ingratitud;